

## I

Yo nací en Burgos en el mes de enero, un día de fuerte nevada. Mi madre era entonces una mujer joven de poco más de treinta años. Aquel día, a pesar de la nieve y de su avanzado estado de gestación, mi madre salió a la calle, resbaló en la nieve y sufrió una caída. Afortunadamente, aquello no tuvo mayores consecuencias que adelantar el parto, de modo que yo nací con un par de semanas de anticipación.

Como la mayoría de los niños de aquella época, yo nací en casa, en la misma enorme cama de matrimonio en la que había sido concebido. A mi madre le he oído decir que nací sobre la una del mediodía. La lengua española tiene una bonita expresión para describir un parto: dar a luz. A veces me ha gustado imaginar las circunstancias en que mi madre me alumbró, es decir, la nieve en las calles y en los tejados de una ciudad española de provincias en 1949, la ancha cama, el resplandor del mediodía de invierno en el balcón, los dolores y la sangre en el difícil trance del parto (los partos y sus consecuencias eran entonces la primera causa de mortalidad femenina). Sobre todo he pensado en lo que oí decir a mi madre alguna vez, tiempo después: *Ahora ya no nieva como nevaba entonces*. Este es un hecho que la propia memoria de mi infancia puede corrobora-

rar. Ahora ya no nieva como nevaba entonces y aquellos inviernos silenciosos, espesos y blancos, han quedado aislados para siempre en una especie de burbuja de cristal.

Año de nieves, año de bienes. El hecho de haber nacido en un día de fuerte nevada no ha mejorado mi fortuna de una manera exagerada, ni me he visto abrumado de bienes, ni la naturaleza ha cometido despilfarros conmigo; sin embargo, la ausencia de nieves que ya se afirmaba en los recuerdos de mi madre puede anunciar tiempos duros para el planeta. A la ausencia de nieves siguen las calamidades.

Lo que yo sé sobre este asunto es lo que sabe el profano. Al fenómeno global del calentamiento puede aplicársele una forma de analogía que llaman el síndrome de la rana hervida. La experiencia es cruel, pero no tenemos necesidad de realizarla en directo. En un gran perol de agua fría se deja caer una rana. Al principio, el animal examina su entorno con curiosidad. Entonces, lentamente, con la ausencia de escrúpulos de cualquier experiencia científica, empezamos a calentar el perol. Poco a poco la temperatura del agua empieza a subir. El batracio, animal de sangre fría, se adapta a la nueva temperatura. Mientras tanto, en aras de la demostración científica, continuamos calentando el perol. La rana colabora. No parece sentir molestias. Quizá encuentra que el agua está un poco demasiado caliente, pero continúa adaptándose. La temperatura del agua se va haciendo cada vez más alta. La rana, con una capacidad de supervivencia pasmosa, continúa tan tranquila, quizá ligeramente más nerviosa en su perol. Sin embargo, a partir de cierta temperatura, los sistemas de adaptación

de la rana se colapsan y entonces la rana se muere de repente, completamente cocida.

Con ello hemos llegado al punto crítico que se pretende establecer con esta analogía atroz. Nosotros somos la rana. El planeta es el perol. Los analistas del cambio climático aseguran que el planeta está calentándose. También conocemos la asombrosa capacidad de adaptación de la especie humana, pero podemos imaginar que se llegará a un punto en que se colapsen nuestros sistemas de adaptación. Minimizando la amenaza o confiando en nuestras posibilidades de supervivencia, la especie humana morirá sin darse cuenta, con poco e inútil ajeteo, cocida como la rana. La conclusión es sencilla. Es importante tomar conciencia de que el agua está calentándose y hacer lo posible para apagar el fuego bajo el perol. Ahora bien, si el proceso escapa al alcance del hombre, si obedece a fuerzas que no son las nuestras, si cumple ciclos que no son de nuestro calendario en la Tierra, podemos considerarnos una especie en vías de extinción.

Me han preguntado si yo creía que había alguna relación entre la literatura y el clima. Supongo que se trata de aclarar si existe una literatura tropical, una literatura de los ardientes desiertos, una literatura de las estepas heladas. Desde luego hay que admitir, atendiendo a la demostración anterior, que el calentamiento global del planeta amenaza al hombre como especie y al individuo como novelista. A la sombra de una amenaza de rango superior podemos entretenernos en asuntos menores, como aquellos personajes que mantenían conversaciones filosóficas en los tiempos de la peste.

No es difícil relacionar la literatura con las ciencias,

las artes o la técnica. Las minuciosas argumentaciones del Siglo de las Luces, desde Voltaire a los relatos libertinos, son inseparables de la utilización del cálculo infinitesimal en matemáticas, que se produce por la misma época. Del mismo modo se podría estudiar la influencia de la pintura impresionista en cierto tipo de descripciones de Flaubert. Y se podría examinar el impacto que ejerció la difusión de la electricidad doméstica, doloroso y violento según Kafka, en la percepción de las escenas literarias de interior, hasta entonces suavizadas por la luz de las velas.

¿Pero el clima? ¿Se ha estudiado alguna vez la relación entre el clima y la literatura como en mi juventud se estudiaba la relación entre marxismo y literatura, o psicoanálisis y literatura? ¿Existe para el estudio sobre el clima y la literatura alguna figura de la talla de Sainte-Beuve o Bakhtin? El filósofo Gastón Bachelard abrió caminos nuevos con el análisis de los cuatro elementos y su influencia en los productos de la imaginación creadora: el agua y los sueños, la tierra y las ensoñaciones del reposo y la voluntad, el aire y la fantasía, el psicoanálisis del fuego... No conozco el prestigio de que goza ahora Bachelard en las escuelas de estudios literarios, pero me parece que hubiera sido el pensador más distinguido para examinar la relación entre la literatura y el clima.

La idea de calor está literariamente unida a una fotografía de William Faulkner en mangas de camisa, sentado en una mecedora en el porche de Rowan Oak. La idea literaria del frío es inseparable de la figura de Pushkin, tendido sobre la nieve con una bala en el pecho en un parque de las afueras de San Petersburgo.

Se ha dicho que la literatura española de finales del siglo XIX y principios del siglo XX es deudora del frío que entonces hacía en las casas. Supongo que a ello contribuye la famosa fotografía de Pío Baroja con una manta sobre las rodillas, junto a la mesa camilla y el brasero. Yo oí hablar a Juan Benet del frío indescriptible que hacía en las casas de Madrid en los años cincuenta. Hoy todo ha cambiado radicalmente. La actualidad juega a favor de una literatura de verano con aire acondicionado.

La conferencia internacional sobre el cambio climático que se desarrolla en Nairobi debería solicitar la creación de un organismo similar a la Organización Mundial de la Salud, que dedique todos sus esfuerzos al problema, en la medida en que la respuesta esté al alcance del hombre, lo mismo que la OMS se dedica al control de la gripe, la viruela y la malaria. A mí me queda el recuerdo de las fuertes nevadas que marcaron mi infancia en los inviernos de una entrañable ciudad de provincias, generosa en clérigos y militares. ¿Será que el cambio climático es inseparable de la nostalgia? Pienso en mi madre y en el estribillo de la famosa balada de François Villon dedicada a las Damas de Otro Tiempo: *Mais où sont les neiges d'antan?*

De aquellos tiempos y de aquellas nieves tengo otros recuerdos. Algunas imágenes vienen enlazadas a la memoria de los sentidos, que, según se afirma, es la memoria más profunda y la única que permite restablecer las circunstancias remotas con un mínimo de autenticidad.

Yo tengo en los archivos del olfato el olor del aire húmedo y frío que precede a las nevadas. Lo mismo que el aroma del heliotropo, o el canto del zorzal, o el sabor de una madalena mojada en el té tuvieron para otros propiedades mágicas, el olor de la nevada inminente despierta en mi memoria una imagen muy concreta: se trata de uno de los puentes sobre el río Arlanzón en uno de aquellos inviernos de los años cincuenta. Se produce una especie de resurrección. Yo debía de tener cinco o seis años. Al poco rato empieza a nevar. Son copos pequeños, veloces, como granos de arroz, de nieve helada, que en Burgos llamaban friura. A los pocos minutos esa avanzadilla de nieve se transforma en los copos lentos y majestuosos de las grandes nevadas, arremolinados en espiral, poseídos por una curiosa y liviana propiedad gravitatoria que origina una alteración del espacio en el sentido de la profundidad. El baile de copos de nieve filtraba de modo uniforme la luz, cerraba la perspectiva del puente, difuminaba la vista de las agujas de la catedral sobre los árboles y escamoteaba el cerro súbitamente velado del castillo.

Nunca vi el río Arlanzón completamente helado. Es un río vivo, de aguas rápidas, prácticamente sin remansos. En el mes de junio, durante las fiestas, se organizaba un concurso de pesca de truchas entre los dos puentes principales de la ciudad. En invierno, a pesar de la corriente, llegaba a formarse hielo en las orillas, entre los juncos y cañaverales. Era un festón quebradizo, muy alveolado, lleno de burbujas de aire. El río Arlanza, por el contrario, llegaba a helarse completamente, de lado a lado, en los grandes remansos o tablas de agua que en

la comarca llaman piélagos, quizá por lo oscuro y proceloso del agua. También he visto helarse el Duero a su paso por Soria, en el trecho hondo y sombrío de San Saturio. Entonces, con una expresión muy extraña, utilizando un verbo reflexivo que atribuye al río un principio de voluntad, se dice, o se decía, que «el río se había cruzado», como un hombre se cruza de brazos, lo que quería decir que el río se había helado de orilla a orilla. La capa de hielo podía alcanzar varios centímetros de espesor o ser fina como una lámina de vidrio. En realidad, nadie se atrevía a cruzar el río sobre el hielo, aunque los niños se arriesgaban a andar unos pasos cerca de la ribera. El hielo tiene una voz de aviso. Es un crujido elástico y largo, de leña seca.

¿Se podría construir un idioma con las expresiones que han caído en desuso? Doy un ejemplo de palabras olvidadas. Antiguamente había un sinónimo, que casi ha desaparecido, para decir *cagar* o *defecar*. En el viejo castellano rural se decía *giñar*. Se tenía por palabra malsonante, más grosera que los dos verbos vecinos. Es curioso. Al escribir cosas así se titubea un poco, pero no hay por qué avergonzarse de esos verbos mientras no haya abuso.

Hace más de treinta años que no he oído la palabra *giñar*. Tampoco figura en el diccionario. Quizá no ha figurado nunca. Una vez, estando en un pueblo de la comarca de la Demanda, un día de mucho frío, entró en la taberna un hombre envuelto en una especie de capote, con la boina calada hasta las cejas y la bufanda por encima de las narices. Se sacudió las botas. Asomó el

mentón por encima de la bufanda y exclamó: «Hace un frío giñón». Es la última vez que he oído decir esa palabra. Ahora debe de estar en el limbo de las palabras perdidas.

En lo que se refiere al frío y la nieve, el invierno del cambio de siglo fue un invierno como los de antes, al menos durante un par de semanas. Se discutió mucho sobre si el cambio de siglo se producía el 31 de diciembre de 1999 o el 31 de diciembre del año 2000. Por una cuestión que quizá no es aritmética sino de redondeo, en todas partes se celebró la llegada del siglo XXI con la entrada del año 2000.

En los últimos días de 1999, entre el 26 y el 31 de diciembre, fueran o no fueran los días postreros del siglo XX según los aritméticos, yo estaba en Cervera de Pisuerga, en la montaña palentina, sobre los Picos de Europa. El día 26 cayó una gran nevada, de aquellas que los viejos decían: una nevada como las de antes. La carretera entre Cervera de Pisuerga y Piedrasluengas quedó cortada, lo mismo que la carretera entre Cervera y Aguilar de Campoo. Desde el balcón del hotel se veían las montañas cubiertas de blanco, en bultos suavizados, como sepultadas. A mi madre le gustaba ese lugar. Hay una fotografía suya, que yo le hice, en la terraza del restaurante, en verano, al atardecer, sobre el fondo de montañas. Por aquellos días de diciembre, el pequeño embalse de Ruesga, al pie mismo del hotel, estaba completamente helado. La nieve se acumuló sobre el hielo del embalse en una gruesa capa esponjosa. En los días que siguieron bajó enormemente la temperatura. Pare-



cía que el mercurio del termómetro se hubiera desplomado. Las noches eran grandiosas, limpias, adornadas con ese lujo particular que el invierno pone en las estrellas. Una noche quise comprobar lo que el cuerpo humano, en este caso mi cuerpo particular, podía aguantar en cuestión de frío. Entonces salí descalzo y en calzoncillos al balcón. La temperatura exterior debía de ser de diez o doce grados bajo cero. El paisaje era inmenso. Había cierta emoción en encontrarse allí en calzoncillos delante del firmamento estrellado. Aguanté el frío cosa de diez minutos y volví a entrar en la habitación.

He pensado después que el hombre, biológicamente hablando, desnudo, sin recurrir a nada, aguanta mejor el calor que el frío. No soy nada friolero. Mi razonamiento, puesto en números, es el siguiente. La temperatura natural del cuerpo humano viene a ser de  $36^{\circ}\text{C}$ . La temperatura de la sauna que yo frecuento es de  $96^{\circ}\text{C}$ . Yo suelo permanecer en la sauna, agradablemente y sin molestias, durante los quince minutos que mide un reloj de arena, lo que significa que mi cuerpo aguanta durante quince minutos la diferencia de  $60^{\circ}\text{C}$  entre su temperatura natural y la temperatura de la sauna. Pongamos que la temperatura en el balcón del hotel de Cervera de Pisuerga era de  $10^{\circ}\text{C}$  bajo cero. Eso quiere decir que la diferencia entre la temperatura natural del cuerpo y la temperatura exterior era de  $46^{\circ}\text{C}$ , es decir,  $14^{\circ}\text{C}$  favorables al cuerpo respecto a la diferencia de temperatura de la sauna. Sin embargo, sólo pude aguantarlo diez minutos, es decir, cinco minutos menos que la sauna.

El embalse de Ruesga forma un pequeño lago irregu-

lar de aguas verdosas, entre riberas escarpadas cubiertas de un robledal espeso. El lago es profundo, entre treinta y cinco y cuarenta metros en el surco central. Las orillas sumergidas son tan escarpadas como las laderas y alcanzan rápidamente esa profundidad. Al parecer, en verano se forman corrientes verticales o sumideros de agua en algunos puntos del embalse, por efecto del calentamiento del día y del enfriamiento del agua de superficie durante la noche. Una vez, estando yo allí en el mes de agosto, se ahogó una pareja de novios que había ido en una barca de remos al centro del lago. La muchacha quiso nadar alrededor de la barca. Al poco rato sintió que se hundía como si la arrastraran hacia el fondo agarrada por los pies. El muchacho se arrojó a salvarla y se hundió con ella. Tardaron varios días en recuperar los cuerpos. Yo no tenía noticia de que las aguas del embalse fueran peligrosas. Los veraneantes se bañaban en la parte más amena de la ribera, donde se extienden unos prados. «Todos los veranos se come a alguno», dijo una mujer del pueblo. La expresión tenía un valor mágico, como si en el fondo del embalse hubiera alguna especie de anaconda que se alimentara una vez al año con los bañistas del mes de agosto.

Estos son los tributos que cobra la naturaleza. Los recoge así, como en un juego, al nadar, o al ir de excursión. En la peña de Curavacas, a dos mil quinientos metros de altura sobre las fuentes del río Carrión, ha muerto este invierno una mujer alpinista. A las pocas semanas se despeñaba un joven montañero en los mismos riscos.

Es difícil unir la tragedia individual al sentimiento del paisaje. El punto de contacto se alcanza en el mito.

Eso explica el monstruo de los lagos y el gigante de las montañas.

Para añadir al diccionario de las palabras perdidas.

Se podrían añadir al diccionario los verbos *asurar* y *chapuscar* que yo he oído emplear corrientemente en Burgos cuando era niño. Se decía *asurar* de algo que se ha tostado accidentalmente sin llegar a quemarse por completo. Lo decían las mujeres cuando planchaban la ropa. Si la plancha estaba demasiado caliente o estaba demasiado tiempo por descuido sobre una prenda de ropa, entonces se decía que la prenda se había *asurado* y las mujeres mostraban desoladas una sombra tostada de color café, con la huella picuda de la plancha, sobre una camisa o sobre una sábana. También se decía «huele a asurado» cuando se percibía ese olor intermedio entre lo que está muy caliente y lo que está a punto de quemarse. Supongo que es vocabulario de gente de chimenea, de tierras frías, que hacía distinciones muy sutiles no sólo en lo relacionado con el frío y la nieve sino también en lo relacionado con el calor y el fuego.

*Chapuscar* era un verbo de niños. Era casi un sinónimo de *salpicar*. Los niños lo empleaban cuando pateaban los charcos o daban manotazos en las fuentes para salpicarse entre ellos.

Me gusta cuando se emplea el singular al hablar de algo abundante, como si apareciera ante nosotros el arquetipo de la especie. Indica una gran pureza de lenguaje. Por ejemplo, cuando un tendero hunde la mano en un saco de alubias, deja chorrear las alubias entre sus

dedos y alaba la mercancía diciendo: «Esta es muy buena alubia». O cuando en la tienda de alpargatas, con las estanterías llenas de alpargatas hasta el techo, el dependiente nos presenta un par de alpargatas diciendo: «Esta es muy buena alpargata».

En cierta ocasión, en otoño, una mujer, Mercedes, había almacenado en el desván toda su cosecha de manzanas. «He tenido que recoger las manzanas porque se las come el corzo.» Los corzos salían del monte por la noche, entraban en el huerto de Mercedes, se alzaban con las patas delanteras en los troncos de los árboles y alcanzaban con el hocico las manzanas de las ramas bajas. En la expresión de Mercedes: «... porque se las come el corzo», era el Corzo único, el Corzo primordial, el arquetipo del Corzo, el que entraba en su huerto y se comía las manzanas.

A propósito del diccionario de las palabras perdidas habría que estudiar el fenómeno de la emigración de las palabras. Eso ha sucedido por ejemplo con la palabra *chalet*, que procede de los Alpes suizos, donde designa un establo o un pajar de heno en los pastos de altura, en una situación solitaria. La palabra *chalet* se ha desplazado lentamente hacia el llano, se ha reproducido con extraordinaria facilidad y se ha derramado por toda Europa hasta ser lo que hoy conocemos por *chalet*, es decir, una vivienda individual, muy a menudo de localización urbana, que puede crecer exenta, o pareada, o formando largas hileras de chalets adosados.

La palabra *chalet* es una palabra con éxito, lo contrario de aquellas que ven encogerse su territorio. Ahora vive su momento de diástole, de mayor expansión.

Podemos imaginar un cambio de costumbres o un cambio en el lenguaje inmobiliario en el que la palabra *chalet* vuelva lentamente a su aislamiento en los Alpes y en nuestras ciudades no signifique nada.

Dicen que la palabra más extendida por el mundo es la palabra *té*, con sus variantes de pronunciación: thé, tchá, chaia, tea... En el caso opuesto se encuentran esas palabras comarcales, restringidas, como *asurar* y *chapuscar*, que acaban por desaparecer en los labios de la última generación que sabía lo que se quería decir con ellas.

Hay dos millones de personas mayores con demencia senil. Hay dos millones de niños obesos. La primera causa de mortalidad entre jóvenes de 18 a 25 años son los accidentes de automóvil (la vitalidad de la juventud se transforma en energía cinética al volante de una máquina, hasta estrellarse y dejar la vida en ello, o quedar paralítico o amputado). Son las rentas no deseadas del bienestar. En occidente se vive cada vez más viejo. La abundancia de recursos permite la sobrealimentación. Los jóvenes tienen dinero para comprarse un coche y jugar con él por la carretera. Pero ¿qué pensarían unos exploradores que encontraran una civilización perdida donde se dieran estos datos? Sería una sociedad degenerada con un horizonte de extinción a medio plazo.

Junto a ello emerge la figura del emigrante con un aporte de sangre fresca.

Las dos bandas rivales entre los emigrantes latinoamericanos son los Ñetas y los Latin Kings. Los Ñetas llevan un nombre hispano. La letra Ñ figura en el logotipo del Instituto Cervantes lo mismo que la letra N en el emblema de Napoleón. En realidad, la palabra *ñeta* en español no significa nada. En cuanto a los Latin Kings, su nombre es anglosajón, aunque el adjetivo sea una afirmación de identidad latina. Estas dos bandas, cuyo afán es exterminarse recíprocamente, se sitúan lingüísticamente en las fronteras conocidas del mundo hispánico. Son grupos en movimiento, se alejan lentamente del idioma como galaxias gemelas, juntos aunque enzarzados a tiros, y se encuentran a años luz del *big bang* de la hispanidad clásica.

He vuelto a pensar en el síndrome de la rana hervida. Los que conocen esa analogía o han practicado sin compasión esa experiencia, la perfeccionan con otro experimento complementario. Ya saben que los sistemas de adaptación de la rana permiten sobrevivir al animal a un calentamiento paulatino hasta cierto umbral de temperatura, a partir del cual se demuestra la inoperancia del sistema porque la rana muere cocida.

Ahora bien, los expertos han comprobado que, si en lugar de calentar lentamente el perol con la rana, se arroja de repente una rana a un perol de agua caliente, el animal, con grandes reflejos, como si supiera que le va la vida en ello, da un salto y escapa del perol, aunque la temperatura del agua esté por debajo del umbral de adaptación de la rana. Ello demuestra la pérdida de conciencia del peligro que encierran los sistemas de adap-

tación cuando la experiencia parte de la rana en el perol de agua fría.

Los hielos del embalse de Ruesga, en aquellos últimos días del siglo xx, me han recordado otra historia. Los grandes inviernos centroeuropeos han creado una alegoría muy bella y muy romántica. Es la historia del jinete del lago Constanza. En esos grandes inviernos germánicos, el lago Constanza, en el límite de Austria y Baviera, se cubre completamente de hielo. Un jinete nocturno cruza el lago al galope. Bajo los cascos del caballo el hielo comienza a abrirse. La salvación del jinete consiste en acelerar el galope, antes de que el hielo ceda bajo él y su montura. Las resquebrajaduras del hielo le persiguen a la misma velocidad a la que va galopando. No existe posibilidad de adaptación. Al amanecer, el jinete, cadavérico, muerto de pavor, verdaderamente muerto, llega a la otra orilla.

La alegoría del jinete del lago Constanza es lo contrario de la alegoría de la rana hervida. El final de la historia no es un juicio sobre el valor y el coraje del caballero. Es un final de leyenda gótica. Supongo que después de ese galope nocturno cualquiera llegaría muerto de miedo a la otra orilla.

Ni la rana hervida ni el jinete sobreviven, pero el comportamiento del jinete es de un orden superior al de la rana porque indica la conciencia del peligro. Sus sistemas son opuestos. Lo que en la rana es pasividad, en el caballero es acción. Lo que falla en el jinete es el sistema de adaptación al pánico. Las dos alegorías abarcan un espectro muy amplio. Lo mismo pueden aplicarse a una situación financiera que a un desastre sentimental. Resulta interesante que no haya moraleja. Con un

final de recompensa y castigo se hubiera rebajado el valor de la lección.

Conocemos otras historias de ranas. La rana que salta del perol es porque lleva dentro un caballero que no quiere participar en alegrías.

He empezado a leer un libro de un periodista americano con un título paradójico: *El mundo es plano* (*The world is flat*). Trata del tema de la globalización. Es un libro muy inteligente pero creo que no voy a llegar muy lejos en la lectura. Me sucede como con el oído. Son emisiones del pensamiento en alta frecuencia y onda corta. Yo ya me he acostumbrado al pensamiento de baja frecuencia y onda larga.

¿Qué se siente cuando se vive o se trabaja en una torre o en un rascacielos en un piso muy elevado? Sin hablar de un verdadero rascacielos pongamos una altura relativamente humana, el piso treinta y tres. Para alguien que hace vida de interior, con libros y música, vivir tan alto debe de ser como estar literalmente en las nubes. Luego hay que añadir el asunto del ascensor. Son ascensores de succión. Sorben al individuo en el piso treinta y tres y lo depositan en la planta baja. El contacto con la realidad se realiza por medio de una cápsula. Debe de ser una vida verdaderamente futurista. El futurismo siempre tiene algo de ingenuo. Uno acaba como Marinetti, escribiendo odas y poemas a locomotoras que van a sesenta kilómetros por hora porque en ese momento es lo último en velocidad.



La altura más elevada en la que yo he vivido ha sido un quinto piso en la calle Vallehermoso de Madrid y el piso sexto de la calle Villanueva donde ahora vivo. En el intervalo de los veinticinco años que estuve fuera de España siempre he vivido en casas bajas, o en apartamentos situados a poca altura, o en casas con jardín, a veces muy modestas, como aquella casa de la *avenue de la Gare* en Palavas-les-Flots donde el jardín era poco más que un rincón entre dos tapias, con un excusado donde había un retrete a la turca. Durante algunos meses viví en una casa junto a la playa, realmente al nivel del mar, *de plein pied* con el Mediterráneo. Es un recuerdo monótono. Sólo había alguna animación los días de temporal. Las olas venían a morir a la puerta cuando se producía *mar plena*. En cierta ocasión, el mar dejó una lubina brincando en el jardín, arrastrada por las aguas altas. La atrapamos y nos la comimos con toda naturalidad, como si la hubiéramos comprado en la pescadería.

Sin embargo, el destartalado caserón de Ginebra donde viví un par de años estaba sobre una colina que dominaba los barrios exteriores de la ciudad. Desde allí se disfrutaba de una sensación de altura. Se veía la niebla sobre el curso del Arve. A la espalda estaba el monte Salève. Para llegar al caserón por el barrio de Champel se tomaba una avenida con un nombre tremendo, la *route du Bout du Monde*. En realidad todo aquello tenía un aire de granja.

Nací en un segundo piso de la calle Laín Calvo, en Burgos. Lo esencial de mi vida infantil pasó en un primer piso de la plaza de Capitanía. Mis padres vivieron después en un noveno piso de la calle Vitoria pero en-

tonces yo ya estaba en Madrid y nunca viví realmente en aquella casa. El edificio más alto al que he subido es la torre Sears, en Chicago, que tiene no sé cuántos pisos de altura y fue durante muchos años la estructura más alta construida por el hombre. Ahora hay rascacielos en Malasia y en Taiwan que superan al Sears por una buena porción de metros. Decían que en el último piso del edificio Sears, los días de viento, que en esa ciudad suele ser recio, la estructura oscilaba entre cincuenta y ochenta centímetros, como si fuera un mástil. Nunca se me había ocurrido pensar en la elasticidad de los rascacielos. La verdad es que allá arriba se sentía cierto movimiento imperceptible bajo los pies, como si se deslizara el piso, mientras los mecanismos de equilibrio del oído se adaptaban al vaivén como en la oscilación de un barco.

El nombre de rascacielos es ramplón. Es el mismo en casi todos los idiomas. Rascar el cielo. En francés, de *gratte-ciel* a *gratte-cul* el cambio es mínimo. Podía haberse encontrado un nombre más digno para uno de los emblemas de nuestra civilización.

Cuando yo era niño, desde que tengo recuerdos hasta los seis o los siete años, veraneábamos en un chalet que ahora se llamaría un chalet pareado, a menos de tres kilómetros de la ciudad, en la encrucijada donde la carretera de Logroño se separaba de la carretera de Irún. Delante del chalet se extendía un campo de trigo. Lo demás eran huertas, eriales, una gasolinera, una granja, un ventorro propiedad de un indiano que llamaban el ventorro del Negro y un par de fábricas modestas. En la mitad del chalet veraneaban mis tíos de Madrid. Mi tío era aviador. Mi tía Carmen, hermana de mi padre, era

una mujer con unos grandes ojos azules. Era una mujer muy bella. Hay que reconocer que un veraneo a tres kilómetros de la ciudad podría no considerarse como un gran veraneo, pero en realidad no era así y yo recuerdo aquellos largos veraneos de tres meses como algunos de los mejores de mi vida. El traslado de Burgos al chalet era una verdadera migración. Éramos una familia numerosa. Durante un día entero, un carro tirado por un caballo se encargaba de llevar enseres, ropa y bultos en varios viajes de ida y vuelta. Siempre supliqué a mi madre que en uno de aquellos viajes el carro me llevara a mí. Mi madre me lo concedía y yo emprendía el veraneo como un rey, sentado en lo alto de aquel carro cargado de colchones, detrás del hombre que llevaba las riendas.

Un invierno los ladrones forzaron una ventana y entraron en el chalet. No recuerdo lo que se pudieron llevar que no fuera alguna lámpara o alguna porcelana. Lo que sí recuerdo es haber oído decir a mi padre que los ladrones se habían defecado encima de la mesa del comedor. Siempre me ha parecido un detalle extraordinariamente pintoresco. Luego he sabido que era una superstición de ladrones. Algo parecido a los actores cuando antes de un estreno, entre bastidores, dicen «¡mierda!» para que la función tenga éxito.

Al atardecer, los adultos se sentaban en unas sillas de mimbre en una especie de terraza o cenador, debajo de los balcones de la fachada principal. Al sereno. La expresión cuadra perfectamente con aquellos atardeceres de verano, aquella larga luminosidad del ocaso, cuando aún se vivía al ritmo de la hora solar. Aquel chalet no tenía nombre. No se llamaba Villa Carmen, ni Villa

Amelia, ni ninguno de los nombres que hubiera podido llamarse. Ahora tengo que recurrir a la memoria de los sentidos. Por ejemplo el chirrido de los goznes de la verja cuando alguien entraba o salía del jardín, un chirrido armonioso, irónico, largo en la simple medida del tiempo que supone abrir y cerrar una verja, como era largo el crepúsculo en la medida del tiempo astronómico. Se hablaba poco. Entre las frases sueltas de alguna conversación familiar había grandes pausas de silencio. Aquellos adultos que se sentaban allí ya han muerto. Un velo de sombra les va cubriendo, invisibles ahora para mí, como si el resplandor del cielo, en la serenidad del anochecer de verano, fuera el último espectáculo de sus vidas antes de retirarse a descansar, uno a uno, a la tumba. Entonces el chirrido de la verja que sirve de hilo conductor a la memoria cobra un sentido más profundo y desvela su carácter fúnebre, como si la entrada al jardín del chalet fuera en realidad la entrada a un cementerio.

Una canción. (Hacia 1954. La cantaba Adela, Patro, Elena, Abilia, o alguna de aquellas muchachas que se sucedieron en el servicio):

En el tronco de un árbol una niña  
grabó su nombre henchida de placer,  
y el árbol conmovido allá en su seno  
a la niña una flor dejó caer...  
Yo soy el árbol, conmovido y triste.  
Tú eres la niña que mi tronco hirió.  
Yo guardo siempre tu divino nombre,  
y tú qué has hecho de mi pobre amor.

Reproches de cornudo, diría Borges. Lo asombroso es haber vuelto a escuchar esa canción, cincuenta años más tarde, en un festival de música cubana.

Curiosamente, las dos fábricas que había en las cercanías del chalet participan ahora a su manera en la recuperación de los recuerdos. La primera era la fábrica de galletas Loste. Se componía de un pequeño edificio de oficinas adosado a un pabellón alargado. Una chimenea de ladrillo se levantaba sobre el obrador industrial. En la entrada principal había una rosaleta. El dueño de la fábrica era Serafín Loste (ahora no estoy seguro de que se llamara Serafín). La segunda fábrica era la de embutidos Campofrío. El dueño era Juan Perea, un bilbaíno afincado en Burgos. Años después de lo que figura en estos recuerdos, Loste vendió su fábrica a la alemana Balhsen y Perea vendió la suya a Kraft, o a Unilever, o a alguno de los calamares gigantes de la alimentación. Las dos multinacionales vendieron los viejos edificios y trasladaron la actividad a un polígono industrial donde habían adquirido a bajo coste nuevos terrenos. Pero en los tiempos de los que hablo, la influencia de Loste y Campofrío sobre la atmósfera del chalet era determinante. Según soplara la brisa del atardecer, el crepúsculo se cargaba del aroma de las galletas que se horneaban en el obrador de Loste o traía el perfume de las pocilgas de cerdos de la fábrica de Perea. De tal forma que la memoria de los sentidos, en este caso la memoria olfativa, encuentra dos caminos en la evocación del tiempo perdido, que corresponden a los caminos de Swan y Guermantes. Al uno hay que atribuirle el olor a

galletas y al otro hay que atribuirle el olor a cerdos. Aún puedo ver en los supermercados los productos Loste-Balhsen y Calamar-Campofrío. Por un instante siento la ilusión del tiempo recobrado. El camino de Loste de los veranos de mi infancia conduce a las cajas de pastas surtidas. El camino de Campofrío conduce a los embutidos que fabricaba Perea.

Del territorio físico de aquellos veranos no ha quedado nada. Como ha sucedido en todas las ciudades españolas, la tranquila capital de provincias fue rodeada por un cinturón de ladrillo en el crecimiento urbano de los años sesenta. El entorno del chalet quedó sumergido en los nuevos barrios. Durante algunos años el chalet permaneció intacto, encajonado entre feos edificios. La nueva situación le daba un aire exótico, como una flor rara en el fondo de un cañón. Luego fue derribado y en su lugar se construyó otro feo edificio. Hace algún tiempo se repartió una pequeña herencia. Correspondía a unos locales que mi padre había conservado en el emplazamiento del chalet. Aquel dinero era el último rastro material de que el chalet hubiera existido nunca.

La sinceridad no se reduce a una escritura simple y directa. Hay tanta sinceridad en la escritura complicada de Proust como en la franqueza de Baroja.

Stendhal era un escritor muy sincero al expresar sus emociones. Ello no impidió al alférez Henri Beyle solicitar (y obtener) un certificado que atestiguaba una falsedad: su presencia en el combate de Castelfranco.

Baroja apreciaba mucho a Stendhal. Le gustaba su sinceridad como escritor. También agradecía que no hubiera inventado ningún *ismo*. Se olvida de que Sten-

dhal inventó una palabra para su propio uso: el *beylismo*.

En su tiempo, las relaciones sexuales debían de ser muy diferentes de lo que son ahora. En muchos casos tenían toda la apariencia de una violación. He aquí la táctica que anota Stendhal para mantener relaciones con una mujer honrada (lo que incluye a la mujer casada pero infiel):

Quando se la tiene acostada, se la besuquea, se la masturba, etc., etc. Ella empieza a cogerle gusto. Sin embargo, la costumbre exige que se defienda. Entonces, sin que ella lo advierta, hay que ponerle el antebrazo izquierdo sobre el cuello, por debajo del mentón, de manera a asfixiarla. Su primer impulso es llevar allí las manos. En ese instante, se coge el instrumento entre el índice de la mano derecha y el dedo corazón, ambos rectos, y se introduce tranquilamente dentro de la máquina. Por poco que se proceda con sangre fría, no falla. Es preciso disimular el movimiento decisivo del antebrazo con alguna maniobra de distracción.

Stendhal no era un libertino. Sin embargo, estas instrucciones delatan el espíritu metódico de los libertinos. Los libertinos son gente de análisis. El amante de las orgías no necesita método.

Rosalía era el nombre de aquella compañera que no se dejó besar la primera vez que salimos juntos. No volví a intentarlo. ¿Me apresuré demasiado? No lo sé. No volvimos a salir.

Había estado en México, donde vivía exilado un tío

suyo que había sido ministro con la República. Me enseñó una canción:

Es la tierra de Cholula...

Esto demuestra que no la he olvidado (ni a ella ni la canción).

No pasó lo mismo con F., que se dejó besar. Mantuvimos un idilio irregular que recorrió todas las etapas del erotismo adolescente hasta los últimos favores.

Hubo un paréntesis. Luego las relaciones se reanudaron donde las habíamos dejado, en la etapa de los hechos consumados, con más pasión que nunca. Yo llegaba a Austerlitz después de un viaje en tren que duraba día y medio. Ella llegaba a Montparnasse. Todavía la veo bajar del tren con un abrigo azul y su sonrisa.

(40, *rue* du Dragon, una especie de cuchitril sin ventanas, otras veces hotel du Vieux-Colombier. Diecinueve años.)

Una vez, en un teatro de París, hacia 1973, un muchacho de unos veinte años subió al escenario poco antes de la representación, como un espontáneo que se tira a una plaza. Pidió silencio y exclamó: «Estoy enamorado de una chica, pero ella no está enamorada de mí. Se llama Sophie. Está allí», dijo señalando un lugar en el gallinero. Todo el teatro volvió la cabeza hacia el lugar que el muchacho señalaba. El muchacho prosiguió: «Ahora quiero que digáis conmigo: Sophie, quiérole». Hubo unos segundos de titubeo. Luego el público comenzó a gritar: «¡Sophie, quiérole, quiérole!». Desde luego aquel muchacho merecía que Sophie se enamorara de él al instante. Un par de brazos robustos le retiraron del escenario.



Eran los últimos ecos de cierto romanticismo que se vivió aquellos años. En realidad ahora pienso que ese romanticismo no ha desaparecido, como lo demuestra una declaración de amor que un muchacho ha escrito con grandes caracteres, y sin duda con gran peligro de su vida, sobre un puente de la autovía del Norte: «Sonia t kiero».

El público llamado a favorecer el idilio son los automovilistas.

Dos homenajes a Marcel Proust fuera del ámbito literario. Un autor que pasa por ser poco leído llega indirectamente al gran público en dosis homeopáticas a través de un cineasta de éxito y de un genio mediático. El primer homenaje es de Francis Ford Coppola, en *Apocalypse now*. Durante un bombardeo aéreo, en la Primera Guerra Mundial, el narrador de Proust imagina que los aviones sobrevuelan París con la música de la Cabalgata de las Walquirias, mientras los pilotos efectúan una acrobacia de ataque que ellos llaman *hacer el Apocalipsis*. En *Apocalypse now*, el belicoso coronel al mando de una fuerza de helicópteros lanza el ataque con la Cabalgata de las Walquirias en los altavoces, a todo trapo.

El segundo homenaje es de Dalí. Se trata de aquellas figuras de hombres o elefantes que en algunos cuadros de Dalí se alzan hasta el cielo sobre finísimas piernas o patas. Es la deformación que el Tiempo hace sufrir a todas las criaturas, a la vez que las entrega a la memoria. El narrador observa ese curioso fenómeno óptico en la *matinée* de la princesa de Guermantes, ex-Mme.

Verdurin. (Imposible encontrar la cita exacta por la mala costumbre de no tomar notas, ni de marcar una página, ni de subrayar una línea, y de confiar todo precisamente a la memoria, a riesgo de tener que dejar en la penumbra lo que uno hubiera deseado concretar.)

Lo que sí he encontrado, a modo de compensación, son los buenos propósitos del narrador de Proust a la hora de emprender su obra:

El escritor debe preparar su libro minuciosamente, con continuos reagrupamientos de fuerzas, como una ofensiva, soportarlo como una fatiga, aceptarlo como una regla, construirlo como una iglesia, seguirlo como un régimen, vencerlo como un obstáculo, conquistarlo como una amistad y sobrealimentarlo como a un niño.

La enumeración hace pensar en las virtudes de un caballero (respetuoso con los mayores, atento con las damas, implacable con los enemigos, etc., etc.), que al mismo tiempo que resultan imprescindibles para llevar una vida honorable inducen un sentimiento de culpa. Yo no estoy construyendo este libro como una iglesia, ni lo sigo como un régimen, ni lo sobrealimento como a un niño, ni me siento obligado a reagrupar mis fuerzas como en una ofensiva cada vez que dejo pasar algunos días sin escribir una línea, de modo que la obra será lo que el azar disponga de la mano de la improvisación.

El invierno pasado ha sido seco y benigno. A mediados del mes de enero aún no había caído una nevada digna de consideración. El embalse de Ruesga, con las reservas bajas para guardar capacidad de embalse en primavera,

presentaba un aspecto desolado, con las riberas desnudas de un gris de roca, seis o siete metros por debajo de la línea de los aliviaderos de la presa. Se veía algo de nieve en la cresta de las peñas más altas, como lencería puesta a secar. También se veía nieve en la umbría de algunos montes, en forma de medias lunas, o grandes lentejones, pero llegando hasta allá se podía comprobar que aquel destello blanco no era nieve, sino hielo duro y compacto del agua que rezumaban los prados.

En la taberna del pueblecito de Ruesga, al pie de la presa, hay un muchacho indio de Benarés. Es un chico guapo y despierto, de aspecto agitanado. En seis meses ha aprendido a desenvolverse en español. Como era de suponer ha llegado hasta aquí siguiendo a una chica del pueblo que había ido de vacaciones a la India. La situación del muchacho daría para un título de un libro de viajes bastante estrafalario: *Del Ganges al Pisuerga*, como se dice Londres, París y Reus. Esta movilidad geográfica es una característica de nuestro tiempo. Es un rasgo de universalismo, no de modernidad. En tiempos del Imperio romano también podía encontrarse a una doncella caucásica en Astorga y de hecho se ha encontrado en Astorga una tumba que lo demuestra.

De Cervera de Pisuerga salen dos carreteras principales. La primera bordea los Picos de Europa por el lado de la meseta hasta Guardo, salvando la partición de aguas del Pisuerga y del Carrión. Se interna en las montañas por Vidrieros hasta la peña de Curavacas y por Cardaño de Arriba hasta Peña Prieta, sin hallar ningún paso. En Vidrieros la peña se echa encima. Para contemplar desde Vidrieros los riscos de Curavacas hay que levantar la mirada y echar la cabeza atrás como

quien mira un rascacielos. Por aquellos días la peña tenía un color tierno y verdoso, de cobre oxidado, del color de los líquenes que cubren la piedra. Una planta casi microscópica, la simbiosis de un hongo y un alga, basta para dar color a todo el macizo. Arriba asomaba un festón blanco.

Un hombre me señaló el lugar donde se había matado la mujer alpinista y el joven montañero a quince días de intervalo. Era un risco con la forma de la rabadilla de un pollo, o del bonete de un obispo, puntiagudo y abultado. El río Carrión, a pocas horas de camino de sus fuentes, es un torrente con mucha agua. El día anterior había pasado a mejor vida una anciana de 85 años, nacida en Santibáñez de Resoba, vecina de Vidrieros, fallecida en Cervera. Los hijos habían cavado la fosa en el pequeño cementerio de la iglesia, a media ladera. Eran tres hombres en ropa azul de trabajo. Se lavaban las manos en la fuente. El entierro sería por la tarde. Habían dejado las palas cruzadas sobre el hoyo recién abierto en la tierra fresca.

Había en el pueblo una piedra céltica, de un enterramiento antiguo, con una tosca cruz labrada en el disco solar. Aquello atestiguaba un uso del cementerio de cerca de dos mil años, una sucesión ininterrumpida de generaciones, de mozos solemnes y robustos cavando la fosa de la madre.

La segunda carretera que sale de Cervera de Pisuerga salva las montañas por el puerto de Piedrasluengas, a la sombra de la enorme escarpadura de Peña Labra. La carretera se abre luego en dos ramales, uno largo y continuo, por el valle alto de Liébana, ceñido a los contrafuertes de la sierra de Peña Sagra, y otro mucho más

abrupto y hasta tiempos modernos casi impracticable, que alcanza el valle de Tudanca. Estos nombres de Peña Labra y Peña Sagra son casi mitológicos. Uno de ellos, no se sabe con certeza cuál de los dos, fue el famoso Monte Vindio de las crónicas romanas, el reducto de los últimos guerreros cántabros en tiempos de Augusto. Durante la última guerra civil el puerto fue ocupado por los nacionales como quien se asoma a un balcón, mientras la ofensiva del Norte avanzaba por las zonas inmediatas a la costa. Algunas fuerzas republicanas quedaron envueltas en la bolsa de Tudanca.

En el alto y hermoso panorama que lleva de Cervera a Piedrasluengas está el pueblo de San Salvador de Cantamuda. En el entorno ha habido minas de carbón que se vuelven a explotar de forma intermitente. En la taberna del pueblo muestran un bloque de antracita de cuatrocientos kilos, que aún pesaba algo más, porque lo han ido picando para alimentar la estufa.

La iglesia de Cantamuda o Cantamuga es una preciosa iglesia románica. En el interior, sobre un altar, hay un pequeño sagrario muy posterior, seguramente del siglo xvii. En la puerta del sagrario aparece la figura de Cristo resucitado, con lo que el sagrario se convierte en un sarcófago. Es una alegoría natural, dentro de la tradición cristiana. El Cristo es musculoso, triunfante, primitivo, de figura achaparrada, encerrado en el pequeño cuarterón dorado del sagrario como un forzado en la caseta de una feria. La fuente de inspiración, no sé por qué vías y por lejana que parezca en este lugar, es el Cristo resucitado y atlético de Miguel Ángel en el Juicio de la Capilla Sixtina.

Ya he dicho que el invierno fue benigno, pero tengo entendido que a los pocos días de regresar yo a Madrid cayó una copiosa nevada. Esto sucede a menudo. Con el hombre del tiempo cohabita un enanito avinagrado que nos hurta las mejores cosas.